

Ensayos sobre la investigación en psicoanálisis

Horacio Martínez*

Resumen

El problema de la investigación en psicoanálisis exige abrir interrogantes en torno a las características particulares del psicoanálisis como discurso científico. El presente trabajo se propone analizar las características más sobresalientes del método de investigación del psicoanálisis, resaltando sus singularidades distintivas, a partir de las propuestas freudianas, analizadas a través de la lógica de lectura desarrollada por Jacques Lacan. Al mismo tiempo esboza las consecuencias que se desprenden de este método en lo referente a las investigaciones clínicas y a una teoría de la lectura que le es particular. Su escritura, bajo la forma de ensayos que sucesivamente van abordando algunas aristas del problema, pretende ceñirse a una doble peculiaridad del problema a tratar: por una parte la imposibilidad de abordarlo como un todo; y en segundo lugar, la imposibilidad de dar a cada problema una suerte de solución definitiva. Al contrario, el género del ensayo pide del lector la indulgencia de no exigir este tipo de conclusiones, permitiéndole al autor proseguir el hilo de su pensamiento hasta el punto en donde este se detiene frente a lo insondable.

Palabras clave: Investigación – Método Psicoanalítico – Clínica – Lectura

Essays on the psychoanalytic investigation

Abstract

The problem in Psychoanalytic investigation requires to open questions around to the particular characteristics on ppsychoanalysis as a scientific discourse. This work intends to analyse the most outstanding characteristics of the method in Psychoanalytic investigation standing out its distinctive singularities, starting from the Freudian proposals, analysed through the logical reading developed by Jacques Lacan. At the same time, it outlines the consequences that are given up from this method referring to this clinical investigation and to a theory of reading which is particular.

Key words: Investigation – Psychoanalytic Method – Clinic – Reading

“La realidad debía pasar por su representación para hacerse inteligible”
(César Aira, *Las noches de Flores*).

“Lo real no es el objeto de la representación, sino el espacio donde un mundo fantástico tiene lugar”.
(Ricardo Piglia, *El último lector*).

Primer ensayo: Una introducción al problema

Los epígrafes que preceden este texto nos abren la posibilidad de ingresar a nuestro problema desde un ángulo singular. Freud (1906) sostenía que los poetas mantienen una relación privilegiada con las materias acerca de las cuales el psicoanalista se interesa, “pues suelen conocer muchas cosas existentes entre el cielo y la tierra y que ni siquiera sospecha nuestra filosofía. En la Psicología, sobre todo, se hayan muy por encima de nosotros hombres vulgares, pues beben en fuentes que no hemos logrado aún hacer accesibles a la ciencia” (p. 1286).

¿Los poetas tienen una relación más directa con la verdad? Este parece ser también el punto de vista de Heidegger, a partir del cual sostendrá una distinción tajante entre la ciencia como conjunto de saberes relativos a los entes, y un *pensar* que él reserva a la filosofía futura (emparentada con la poesía), y que tendría como tarea “llevar al habla la indecible palabra del ser” (Heidegger 1949, p. 118). Este programa heideggeriano abre una disyunción entre el *Saber* de la ciencia y la *Verdad*,

que nunca podrá decirse toda, y a la que define con el término griego de *aletheia*, un modo del decir que “despeja ocultando”.

Vayamos ahora a las citas de nuestros *poetas*, a fin de utilizarlas como punto de partida para este trabajo. A partir de ellas nos parece posible despejar dos dimensiones, subrayadas por ambos autores como propias del terreno de la literatura, pero factibles de aplicar al campo del psicoanálisis: la de la *Realidad* o *Real*, que parece comportar los caracteres de *ininteligible*, *carente de forma*, y la de la *Representación*, que por su parte remite a lo *inteligible*, lo que ha sido *cifrado*, es decir aquello que es del orden de una escritura que, como tal, supone un trabajo de sustitución: que una cosa (a la que podemos dar el carácter de *significante*) venga al lugar de otra (aquel lugar que nombrábamos como *real*).

El psicoanálisis, sobre todo a partir de Lacan, ubica en la dimensión de la Realidad (o de lo Real) (1) al Sexo, en tanto *lo imposible de Saber*. Lacan lo ha intentado decir a través de varias fórmulas: *no hay relación sexual*; *no hay escritura de las posiciones sexuales hombre/mujer*. Más allá de los modos en que la representación busca dar cuenta de este *imposible*, es una doble exigencia para el psicoanálisis la de sostener, por un lado, la existencia de una dimensión *real* con los caracteres antes mencionados, y por otro, la de sostener que el campo de la representación, al intentar decir lo real, procede por sustitución, poniendo una cosa en el lugar de otra, y por tanto creando una dimensión de *ficción*.

Michel De Certeau (1987) sostiene que la

* Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Mar del Plata.

Vélez N° 8020 (7600), Mar del Plata, Argentina. Teléfono 0223-479 7486. E-mail: alkom@copetel.com.ar

ficción “es un discurso que ‘informa’ lo real, pero no pretende ni representarlo ni acreditarse en él” (p. 116). Es necesario hacer “un duelo por lo real”, reconocerlo como una dimensión imposible, para poder proponerse una obra que intente abordar ese imposible a través de los medios simbólicos, que para este autor no revisten el status de *representación* (entendida a la manera de un *índice* que mantiene con lo representado una relación fuerte que garantiza su valor), sino de *significante*, con las connotaciones restrictivas que este concepto adquiere en los desarrollos lacanianos. Así concebida, la literatura psicoanalítica no es *lo real*, o dicho de otra forma, no dice *la verdad*: es, por el contrario, una ficción, que merece lecturas que extraigan de ella su *grano* de verdad.

De esta afirmación se desprende un primer corolario: la teoría psicoanalítica (¿como toda teoría?) (2) es una *ficción*, es decir, una construcción simbólica que instaura un nivel de *lo verdadero* a partir de la interrelación que crea entre significantes. Esto permite despejar otra característica del discurso psicoanalítico: en tanto la teoría es una ficción, que ni cubre todo lo Real ni logra decir lo verdadero sobre la *verdad real*, pues allí donde intenta decir procede por sustitución, las *lecturas* de estas formulaciones teóricas se hacen interminables. Entendámonos: si Freud daba al análisis el carácter de *interminable* (pues los intentos por parte del inconsciente de cifrar lo real del sexo siempre proceden por sustitución, y una sustitución lleva necesariamente a otra y así siguiendo al infinito), la teoría que surge como reflexión sobre esa clínica interminable dirá de ella algo por *transposición*, poniendo, también ella, una cosa en lugar de otra, y habilitando por tanto múltiples lecturas. Más adelante intentaremos despejar formas de lecturas psicoanalíticas posibles, y ese será el momento para intentar limitar esta dispersión. Pero aquí me interesa remarcar el sentido contrario al del límite: el corpus de la teoría está *incompleto* por definición. Está incompleto porque procede por sustitución, y no hay término último que cierre el circuito del sentido. Toda significación, como dice Lacan, remite a otra significación. De este modo no hay lectura acabada, porque no hay significación acabada, ni hay tampoco verdad última revelable a través de una exégesis. Si eso fuera posible, el psicoanálisis sería una religión. Cuando Freud, en su texto *El problema de la concepción del Universo* (1932) busca desligar al psicoanálisis de la religión y adscribirlo al campo de las ciencias, denuncia este efecto, y al denunciarlo hace recaer el problema sobre el campo de la ciencia.

Freud define bajo el nombre de *Weltanschauung* a “una construcción intelectual que resuelve unitariamente, sobre la base de una hipótesis superior, todos los problemas de nuestro ser, y en la cual, por tanto, no queda abierta interrogación alguna” (p. 3191). ¿El psicoanálisis pretende ser eso? No, y no sólo no es eso sino que nace justamente *en oposición a eso*. Freud afirma en su texto que el psicoanálisis pertenece al campo de la Ciencia, y que la ciencia se opone a toda *Weltanschauung*. La ciencia, dirá Freud, “se distingue por caracteres negativos, por la limitación a lo cognoscible en el presente y por la repulsa de ciertos elementos ajenos a ella”. (p. 3191)

La única forma de conocimiento que la ciencia acepta es *la investigación*, una “elaboración intelectual de observaciones cuidadosamente comprobadas (p. 3191). Y si bien a partir de ella la ciencia aspira a la totalidad, es

decir, a reunir en su saber *todo* el conocimiento posible sobre lo real, en los hechos opera siempre de manera provisional: “lo que hoy es ensalzado como máxima sabiduría es rechazado mañana y sustituido por otra provisionalidad. El último error es entonces la verdad” (p. 3200). De este modo el régimen de la verdad para la ciencia queda ligado inextricablemente a las condiciones del campo de la representación. Y a ello, dirá Freud, “debemos sacrificarnos”. ¿Y por qué sacrificarse a una verdad que siempre resulta provisional? Justamente, para no caer en la religión.

“El contenido de verdad de la religión es lo que menos importa” (p. 3197). Ella es *ilusión*, una tentativa de dominar lo real a partir de los deseos.

De la ciencia moderna podría decirse que, en tanto es hipotético-deductiva, labora a partir de enunciados provisionales. Propone hipótesis que son validadas en tanto resultan la mejor explicación posible ante un problema. Si otra explicación resulta superadora, la hipótesis actual se descarta. Así, la ciencia avanza de enunciado provisional en enunciado provisional, pero mantiene en su horizonte la ilusión de, algún día, abarcar lo real. Si el punto de partida de la ciencia moderna es aquel que dice que *la naturaleza es un libro escrito en caracteres matemáticos*, su punto de mira supone, al menos, un develamiento completo de lo real, dado que de lo real dios escribió un libro, y el científico puede leer en él porque ha hallado la clave. Esa fe del científico lo llevaría a suponer que, al final de los tiempos, de lo real habrá una sola versión, aquella que explique todos los sentidos de la lengua de dios.

Ante este campo el psicoanálisis, que pretende ocupar un lugar en el terreno de la ciencia, aporta, mediante los modos en que define la dimensión del lenguaje, un elemento esencial: aquel que enuncia que no hay una lengua *perfecta* que logre decirlo todo, o también, para seguir en los términos en que venimos hablando, que no hay lengua que cierre el círculo de la significación. No hay universo del discurso, no hay metalenguaje, no hay un lenguaje más allá del lenguaje que diga lo verdadero sobre lo verdadero; todas estas formulaciones apuntan al mismo asunto, y buscan introducir, en el campo de la ciencia, el problema de la enunciación.

Del corolario esbozado más arriba puede desprenderse aún otra consecuencia: la teoría psicoanalítica, en tanto construcción simbólica, no abarca todo lo Real, y por lo tanto produce *restos*, que actuando como *verdad insabida* de la teoría producen efectos *sorpresivos* en el ámbito de las prácticas que esa misma teoría instituye. La teoría *progres*a al retomar, en el trabajo de conceptualización, los elementos *sorpresivos* que la clínica presenta.(3)

En el campo recortado del psicoanálisis vemos surgir así *otro* real: la Clínica. Si la escritura del Psicoanálisis busca hacer inteligible esos Reales (el sexo, la clínica), pero lo hace siempre poniendo *una cosa en lugar de otra* (no por capricho, insisto por una última vez, sino por una necesidad de la estructura del lenguaje), investigar en psicoanálisis nos ha de enfrentar necesariamente con estas características propias de la materialidad de la disciplina:

- El malentendido: este surge fundamentalmente en dos campos precisos, el de la clínica y el de la teoría. Así, habrá siempre una dimensión del malentendido respecto a la verdad

en juego en el discurso del paciente, y el psicoanalista deberá abstenerse de toda relación al referente para decidir el sentido. Del sueño contaremos sólo con su relato, del pasado, sólo con el recuerdo encubridor. Hay en la clínica algo que nos lleva a renunciar de antemano a lo real: sólo tendremos de él su *relato*, y este siempre habrá de ser *transposición*. La apuesta es reencontrar ese real sin buscarlo, en aquello que resulte *sorpresivo*. En el ámbito de la teoría, el orden del malentendido se centra sobre todo a nivel del *concepto*, ese “salto al límite” del que hablará Lacan (1964) que nunca se alcanza pues supone el pase a otro registro.

- Las lecturas: por lo dicho en el punto anterior en lo tocante a la teoría, todo concepto, en tanto limita con lo real, no aporta un significado unitario, y por tanto no sólo merece, sino aún mejor obliga a una multiplicidad de lecturas, que intentarán, al decir de López (2003), que “el sentido de los enunciados no se sostenga de sí mismos, sino de la relación establecida entre ellos”. (p. 12)

- No recubrimiento Saber / Verdad: si definimos al Saber como lo que el discurso logra articular acerca de lo real, y ubicamos a la Verdad en la dimensión del “mundo exterior real”, tal como Freud la sitúa en el texto que veníamos comentando, la *abstinencia* del analista en este punto significa reconocer la provisionalidad del saber, con lo que esto implica allí donde se trata de determinar los límites del análisis. Por esta misma causa, el análisis, para Freud, resultaba interminable. Lacan intentará fijar un límite, a partir de definir la noción de *sujeto supuesto saber* considerándolo como aquella ficción que posibilita una cura, y que habrá de disolverse dando paso al fin de la misma, trayendo como consecuencia la caída de un analista y el surgimiento de otro.

Llegados a este punto, podemos verificar que el Psicoanálisis surge como una disciplina *doble*: por una parte es Ciencia (saber acerca de un objeto, que se establece en forma de discurso); por otra es Práctica (el campo de la clínica, en donde se verifica la presencia de un real imposible de abarcar por el discurso). El modo peculiar en que se enlazan Saber y Clínica darán las coordenadas del método freudiano.

Segundo ensayo: el método freudiano

En 1919, en el texto titulado *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?*, Freud se interroga sobre las relaciones Psicoanálisis – Universidad. Partiendo de que, hasta entonces, el psicoanálisis había sido excluido de la universidad, (4) éste se ha dado un dispositivo institucional de transmisión basado en la producción de bibliografía, la discusión en sesiones científicas, el análisis personal y las supervisiones clínicas:

“Dichas asociaciones deben su existencia, precisamente, a la exclusión de que el psicoanálisis ha sido objeto por la universidad. Es evidente, pues, que seguirán cumpliendo una función útil mientras se mantenga dicha exclusión”. (p. 169)

Pero si lograra darse una relación entre psico-

nálisis y universidad, ¿cómo pensaba Freud que los progresos de la disciplina podrían producirse?:

“A los fines de la investigación que debe llevar a cabo el docente de psicoanálisis, bastará con disponer de un consultorio externo que provea del material necesario”. (p. 171)

A diferencia de la psiquiatría, que se formó en íntima relación con los grandes asilos, basando su método en la observación y la clasificación, la investigación clínica en psicoanálisis se ajusta al modelo de la consulta ambulatoria. Pero no sólo en el ámbito clínico ve Freud un posible desarrollo de la investigación, pues el método psicoanalítico “también concierne a la resolución de problemas artísticos, filosóficos o religiosos”.

El *programa* freudiano parece así rescatar dos campos posibles de *aplicación* del psicoanálisis, coherentes entre sí en tanto en ambos se aplica el mismo método: el campo clínico y el campo de las producciones culturales.

¿Y en qué consiste ese *método particular* que el psicoanálisis propone? En uno de sus intentos por aplicar el método al campo del arte, Freud formula la siguiente definición:

“Prescindir de la impresión de conjunto y acentuar la importancia característica de los detalles secundarios (...). Deducir de rasgos poco estimados o inobservados, del residuo –el ‘refuse’ de la observación-, cosas secretas o encubiertas”. (1914, p. 1883)

Comprobamos la aplicación de este método al campo de los fenómenos clínicos en los primeros textos en los que Freud busca aprehender las manifestaciones de lo inconsciente: *La interpretación de los sueños*, *La psicopatología de la vida cotidiana*. En ambos se evidencia la detención en el *residuo* de la observación, en aquello que la investigación hasta entonces había desechado por falta de sentido. Y a su vez vemos imponerse el criterio *analítico*, que descompone el conjunto resaltando el valor del componente. Esta pesquisa del detalle abre las puertas al procedimiento fundamental del método clínico freudiano: la *asociación libre*:

Este procedimiento de la asociación libre ha sido mantenido desde entonces, en la labor psicoanalítica, como regla técnica fundamental. Iniciamos el tratamiento invitando al paciente a ponerse en la situación de un autoobservador atento y desapasionado, limitándose a leer la superficie de su conciencia y obligándose, en primer lugar, a una absoluta sinceridad, y en segundo, a no excluir de la comunicación asociación ninguna, aunque le sea desagradable comunicarla o la juzgue insensata, nimia o impertinente. Se demuestra de manera irrecusable que precisamente aquellas ocurrencias que provocan las objeciones mencionadas entrañan singular valor para el hallazgo de lo olvidado. (1923, p. 2663)

Pero el método supone algo más, también desarrollado en aquellos primeros textos freudianos comentados más arriba: se trata de un cambio en la *posición* del saber. En toda investigación científica el saber (en tanto teoría y método) se aloja del lado del investigador. El *objeto* es, apenas, el medio de corroborar las hipótesis. Mientras que Freud, a través de su método, pone en suspensión el saber del lado del investigador. El saber es *del inconsciente*, es decir del *objeto*, y este saber se dice por boca del paciente. A partir de allí el investigador

– psicoanalista deberá seguir el discurso del paciente para hallar en él algo que no sabía de antemano, y que por tanto surge bajo la forma de la sorpresa.

Se delimita aquí una *primera posición* del analista ante las producciones de su paciente, que parece regirse por la lógica esbozada en nuestra Introducción. En esta primera posición el analista ocupa un lugar en la cura: está allí en función de lo que el caso le reclama, y no en relación con la Teoría y sus progresos.

El *método freudiano* aporta una serie de elementos esenciales para definir esta primera posición. ¿Qué características fundamentales le adscribimos a este método? En su texto *La interpretación de los sueños* (1900), Freud elabora un procedimiento al que considera como el más adecuado para la exploración del inconsciente, que consiste en “confiar al propio sujeto (...) el trabajo de interpretación” (p. 407). Resurge aquí la idea de una metodología que, para ser apropiada en cuanto al particular objeto del psicoanálisis, requiere, de entrada, una inversión respecto a las metodologías tradicionales de la ciencia. En éstas, el investigador es el sujeto, y es quien extraerá de su objeto de estudio un *saber* que pasará a constituir el corpus teórico de la ciencia. En psicoanálisis, por el contrario, el *saber*, en esta posición inicial del analista, queda del lado del objeto. El analista, como *sujeto de la ciencia*, nada sabe del inconsciente por advenir. Al mismo tiempo, el analizante, como *sujeto de la experiencia analítica*, tampoco sabe. El *saber* es del inconsciente, pero a su vez sólo *será* allí donde se manifieste: sorprendiendo al analizante, y necesitando del analista como garante de su emergencia. Esto lleva al psicoanálisis a postular la existencia de *otro* sujeto: el sujeto del inconsciente, sujeto que sólo existe en los acontecimientos que jalonan su emergencia.

El método freudiano exige pues una inversión respecto de toda otra investigación. Se trata, al decir de Lombardi (2004), de una “torsión [que] permite al saber inconsciente manifestarse, y revelar que sólo por las huellas y el entramado del significante la configuración subjetiva adquiere una objetividad”. La necesidad de la emergencia del inconsciente en la cura reclama del analista una particular capacidad:

[El analista] debe orientar hacia lo inconsciente emisor del sujeto su propio inconsciente, como órgano receptor, *comportándose con respecto al analizado como el receptor del teléfono con respecto al emisor.* (...) Pero si el médico ha de *poder servirse así de su inconsciente como de un instrumento*, en el análisis ha de llenar plenamente por sí mismo una condición psicológica. *No ha de tolerar en sí resistencia ninguna* que aparte de su conciencia lo que su inconsciente ha descubierto (...) A cada una de las represiones no vencidas en el médico corresponde un ‘punto ciego’ en su percepción analítica. (Freud, 1912, p. 1657, las cursivas me pertenecen)

De esta forma, que el analista pueda ocupar su posición en la cura depende de algo que está más ligado a su propio análisis que a su saber, y resulta una condición indispensable para posibilitar la emergencia de lo inconsciente. Pero esto no acaba aquí: también es lícito sostener que este requisito, necesario a los fines de la cura, debe mantenerse cuando el analista ocupe esa *posición segunda*, no ya referida a su paciente, sino a la Teoría. Dicho en otros términos: cuando el analista

teorice sobre lo que ocurre en su clínica, deberá también mantener abierta la posibilidad de que algo de la emergencia de lo inconsciente quede plasmado en lo que dice. En el mismo texto que venimos comentando (1912) Freud destaca este problema:

La coincidencia de la investigación con el tratamiento es, desde luego, uno de los títulos más preciados de la labor analítica; pero la técnica que sirve a la primera se opone, sin embargo, al segundo a partir de cierto punto. (p. 1656)

Volveremos sobre esta particularidad más adelante.

Retomemos el problema desde otro punto de vista, aquel que elaborara Lacan (fundamentalmente en sus seminarios XII *Problemas cruciales del psicoanálisis* y XVII *El reverso del psicoanálisis*). Tomando como soporte distintos elementos, en ambos seminarios Lacan avanza en la distinción conceptual entre los términos *Saber* y *Verdad*. Al postularlos como diferentes, y aún más al sostener que en el discurso psicoanalítico estos elementos no se superponen ni se recubren, nos orienta hacia un modo en que podría (y aún, incluso, debería) sostenerse esta distinción en lo relativo a la investigación psicoanalítica. El método de tal investigación sería aquel que sostiene la *buen pregunta* (Lacan 1958) a fin de que ella haga surgir lo imprevisible, lo no sabido, lo que entonces ingresará en el dominio de “lo que se encuentra” (Lacan 1964, p. 15). Una manera, dirá en el mismo texto (p. 14), de “tratar lo Real mediante lo Simbólico”; de que la verdad, que tiene para Lacan la estructura que le diera Heidegger al llamarla *aletheia* (la que *muestra ocultando*) pueda semi-decirse.

De esta forma Verdad y Saber se oponen y relacionan del mismo modo que lo hacen Real y Simbólico: se trata de dos dimensiones diferentes, que sin embargo encuentran modos de relación a las que Lacan llama *contingentes*, las que permiten que algo *cese de no escribirse*. (1973, pp. 113-4)

En su Seminario XI, Lacan distingue dos campos de la investigación científica: “el dominio donde se busca y el dominio donde se encuentra” (1964, p. 15). Él ubica su trabajo dentro del segundo dominio, cuestión que nos reenvía a la posición del analista que desprenderíamos, más arriba, del método freudiano: el analista no sabe de antemano, y por lo tanto no sabe tampoco qué buscar. Pero se topa con lo que encuentra, y es en esa dimensión donde debe permitir la emergencia de un saber.

Ahora bien: decíamos más arriba que este método delimita una *primera posición* del analista, aquella que ocupa en la cura. Freud señala que en el analista confluyen las funciones del terapeuta y del investigador, pero que difícilmente ambas pueden ejercerse al mismo tiempo. Por eso hablamos de una *primera posición*, la terapéutica. En ella, como venimos diciendo, el analista no es *el que sabe lo que busca*, sino que se coloca, por el contrario, en la posición de quien *se deja sorprender por lo que encuentra*. Será en un segundo momento donde el analista intente trasponer la experiencia del análisis que ha conducido en formulaciones que *soporten* su incorporación al corpus de la teoría.

Tercer ensayo: una teoría de la lectura

A partir de lo expuesto en los puntos anterior-

res: ¿qué podríamos considerar como *propio* de una investigación psicoanalítica? Entendemos que sería esperable de una *investigación psicoanalítica* que su método se ciñera al propuesto por Freud en sus elaboraciones conceptuales. De esta forma no se trataría tan sólo de una investigación sobre *temas psicoanalíticos*, que podrían estar abordados desde metodologías diversas, sino de una investigación que no sólo aborda temas del psicoanálisis sino que utiliza, para su examen, la metodología psicoanalítica.

¿Es posible aplicar este método a los textos psicoanalíticos, y aún a la historia misma del psicoanálisis? Como forma de esbozar una respuesta afirmativa a la cuestión planteada, me interesa consignar las orientaciones que he hallado en al menos dos de las investigaciones que he revisado para la confección de este trabajo. Por un lado Silvia Fendrik (1993) plantea como propósitos de su investigación “retomar a los ‘personajes’ en otra dimensión simbólica: ¿cómo fueron marcados por sus vicisitudes subjetivas?, ¿qué ha hecho con ellos el deseo? Y más aún: ¿cómo lo que nunca se dijo, lo que se ocultó, los lanza hacia nuevas aventuras?”. (p. 11) Se trata, dirá la autora citando a un comentador de un texto suyo anterior, de “romper una ficción pasada a fuerza de preguntas” (5). En este caso la investigación psicoanalítica aplicada a textos y sagas institucionales sostiene la pertinencia de su método en tanto busca rescatar, como hilo rector de los hechos, al deseo inconsciente.

Por su parte, en la última investigación de Héctor López (2003) encontramos la siguiente afirmación:

Como toda investigación, ésta (...) requiere de un método, al menos si pretende que las referencias ‘digan algo’, es decir, alcancen un nivel conceptual, más allá del trabajo de yuxtaponerlas para reducir su dispersión. Porque yuxtaposición no es organización, ni tampoco serie. Éstas requieren de una lógica enunciativa donde el sentido de los enunciados no se sostenga de sí mismos, sino de la relación establecida entre ellos. (...) Ése es el trabajo del investigador, hacer hablar a la letra. (p. 17)

De este modo surge como posible una investigación que habrá de ser *psicoanalítica* en la medida en que se propone una forma distintiva de lectura que habrá de surgir, no tanto de la selección y armado de las series, sino de las interrelaciones discursivas que proponga.

Retomando nuevamente las expresiones de Lombardi, para que una investigación resulte coherente con los fines del psicoanálisis, no deberá usar técnicas que supriman al sujeto. Por el contrario, las técnicas deben buscar la expresión de una subjetividad inconsciente que se manifiesta “en cada momento del discurso en su irrupción de acontecimiento”. (Foucault, 1968)

¿Cómo leer? ¿En qué ha de consistir una lectura que resulte coherente con el método psicoanalítico?

M. Mannoni (1979) afirma que, para Freud, la teoría psicoanalítica “se asemeja al delirio o a la ficción”. Por su parte De Certeau (1987) sostiene que Freud descubre que todo relato es *ficción*, novela de los orígenes, ya se presente como tal o pretenda ser testimonio de lo real. En este sentido, los textos psicoanalíticos están sometidos a esas mismas condiciones. Y sin embargo De

Certeau encuentra en la obra de Freud dos categorías de textos: están, por un lado, aquellos que aplican la teoría, y por otro aquellos que son su exposición, aquellos que denotan un *saber de maestro* (rescatando la amplitud semántica del término *maitrê*). En esta segunda categoría incluye las *Lecciones*, los *Compendios*, las *Contribuciones*. De Certeau ve así una oscilación del discurso freudiano entre momentos *analíticos*, en los cuales los textos se someten “a la ley de las transformaciones y deformaciones”, y momentos *didácticos*, en los que la palabra de Freud se torna voz de mando. Son estos últimos los que se ligan intrínsecamente con la *institución* psicoanalítica.

En medio de esta oscilación De Certeau coloca la figura del *Sujeto supuesto Saber*. Desde ella puede el analista deslizarse hacia cada uno de los dos polos: hacia el polo analítico, subrayando el carácter de *supuesto* y desbaratándolo como mito transferencial, o bien hacia el polo didáctico, haciendo del Saber su emblema. Respecto a sus discípulos, se pregunta De Certeau, ¿qué lugar ocupaba Freud?

El paso siguiente que nos propone el texto requiere analizar la idea de Freud acerca de la *escritura de la historia* (Geschichtssreibung). Ésta “se produce a partir de acontecimientos de los que ‘nada’ subsiste: ella ‘toma el lugar’ de los acontecimientos”. (p. 113)

De este modo la *escritura* asume un doble papel: es *canibal*, porque devora y ocupa el lugar de lo que devora, pero a la vez es *exilio*, pues ese lugar que ocupa no es de ella, ni lo será nunca. “Existe ya, en el mismo proceso de la escritura, esta dualidad que la hace funcionar (y al analista con ella) ora como desperdicio excluido de lo real, ilusión de conocimiento, desecho de la ciencia, ora como autoridad voraz e institución dominadora”. (p. 113)

Esta ambivalencia, concluye De Certeau, es la *esencia* de la escritura, su pecado de origen. Si la escritura intenta decir acerca de aquello respecto de lo cual está excluida desde siempre, sólo podrá autorizarse en su decir haciendo de él *institución*. “La máquina institucional efectúa y garantiza la operación, casi mágica, que sustituye a la nada por la autoridad”.

De este modo la relación de los analistas con los textos de Freud no puede menos que estar atravesada por esta ambivalencia, que oscila entre la *lectura ortodoxa*, que venera la palabra y refuerza la institución, y la *lectura heterodoxa*, que se abre a nuevas significaciones atentando contra el poder de la autoridad.

Volvamos, para finalizar esta parte, a la pregunta que le dio origen: ¿cómo leer? Hallamos en otro autor, Jean Allouch (1984), una herramienta técnica que nos parece adecuada en función del rigor que el método exige. En su investigación parte de la siguiente pregunta: “¿Qué se necesita que sea esa lectura para que produzca, sin otra intervención, una reinscripción del ser hablante en un lugar distinto?”. (p. 32) Su respuesta apunta a una técnica, a la que denomina “leer con el escrito”: “leer con el escrito es poner en relación lo escrito con el escrito, lo que se llama (...) una transliteración”. (p. 32) Se trata, para Allouch, de una operación simbólica que consiste en “escribir ajustando lo escrito al escrito”, diferenciando así la transliteración de la traducción (operación imaginaria que busca escribir ajustando lo escrito al sentido) y de la transcripción (operación real que consiste en escribir ajustando el escrito a algo que está por fuera del campo del lenguaje).

“La lectura se confía al escrito, se deja engañar por el escrito, acepta dejar que el escrito la maneje a su antojo”. (p. 32) De esta forma el escrito adquiere el estatuto de sujeto, y el analista investigador se coloca en la dimensión del que encuentra, dejándose sorprender por lo que el escrito tiene para decir(le).

Cuarto ensayo: de la clínica

Ya hemos mencionado en los apartados anteriores algunas características de la investigación clínica en psicoanálisis, y de qué forma ésta se diferencia de los métodos de la psiquiatría. Al respecto, encontramos el siguiente comentario de Freud, dentro del historial del Presidente Schreber:

El interés del psiquiatra (...) queda generalmente agotado una vez que logra determinar la función del delirio y su influencia sobre la vida del paciente. Su asombro no constituye el principio de su comprensión. El psicoanalítico, en cambio, aporta de sus conocimientos de las psiconeurosis la sospecha de que también tales productos mentales (...) tienen su punto de partida en los impulsos más comprensibles y corrientes de la vida anímica, y quisiera llegar a conocer los motivos de semejante transformación, y los caminos por los que la misma ha sido llevada a cabo. (Freud, 1910, p. 1492)

La psiquiatría detiene su interés en la observación y la clasificación, renunciando a la comprensibilidad. Pero ésta no es concebida por Freud como el índice que, para un psiquiatra como Jaspers, sirve a los fines diagnósticos. La comprensión de los hechos clínicos, en la línea de lo que he planteado en el segundo ensayo, es el resultado de una *suposición de saber*. De este modo el método clínico del psicoanálisis lleva como signo característico la presuposición de la existencia de un saber inconsciente, en el cual puede hallarse la lógica de los fenómenos clínicos. “Aquel que da más de lo que tiene no es un hombre honrado, y el psiquiatra no posee medio alguno de penetrar más profundamente en la interpretación de los casos (...), hallándose, por tanto, obligado a limitarse a formular el diagnóstico (...)”. (Freud 1917, p. 2278)

En este sentido, y merced a la suposición de lo inconsciente, el psicoanálisis hace su aparición en el campo clínico como *el revés* de la psiquiatría, y desde entonces, y en la medida en que mantiene viva la pregunta por el sujeto que hay detrás de toda manifestación psicopatológica, resulta la única alternativa que se rige por una ética diferente a la que gobierna las diversas prácticas del campo de la salud mental.

En 1925 Freud realiza un nuevo Prólogo para una reedición de su *Análisis fragmentario de una histeria* (1901). En él plantea un problema esencial para el campo de la investigación clínica en psicoanálisis: el de la redacción del historial.

Opino que la profesión médica no impone sólo deberes para con los enfermos individualmente considerados, sino también para con la ciencia. (...) La publicación de aquello que uno cree saber sobre la causación y la estructura de la histeria se nos impone entonces como un deber, y si podemos cumplirlo evitando todo perjuicio personal y directo del enfermo, sería una cobar-

día no hacerlo. (p. 934)

¿Y cómo procura Freud evitar todo perjuicio al paciente en la publicación de un historial? La lógica de su argumentación encuentra en este problema dos clases de dificultades: por una parte estarían aquellas dificultades que podemos calificar de *éticas*, las que toman en cuenta evitar perjuicios al paciente, y ante las que propone una técnica de escritura particular, que supone el *borramiento* de toda referencia personal que pudiera “poner sobre la pista a cualquier lector ajeno a la clase médica”. Freud supone aquí un lector ideal, que por pertenecer a su misma *clase* comparte sus mismos criterios éticos: un interés por los resultados que el caso aporta a la ciencia, más allá del interés *personal* por las vicisitudes de una vida.

Octave Mannoni, en su texto *Ficciones vienesas* (1976), imagina el impacto que produce en Dora la lectura de *su* historial. En la *ficción* construida por Mannoni, Dora le escribe a la Sra. K en estos términos:

Piensa que no me gustó nada que me traten redondamente de histérica. (...) Por supuesto, aparte de tú y yo nadie se enterará. No importa que alguna muchacha en una clínica cualquiera (...) pueda decir, si eso le agrada o le viene bien: ‘Sabe usted, la Dora de ese extraño profesor, soy yo’. La creerán. Eso no me haría ningún daño, todo lo contrario. Pero debo estar muy retorcida porque esa idea me acosa enormemente. Me pregunto por qué. (p. 12)

Freud se propone redactar el historial una vez que el tratamiento ha concluido, e incluso deja pasar un año para su publicación. Pero, como fantasea Mannoni, los *efectos* sobre el paciente acaso resultan *incalculables*, amén de que las previsiones freudianas suponen establecer una teoría acerca de lo que puede considerarse como un *análisis terminado*, única circunstancia en la que se podría calcular el efecto de la publicación. Lo acaecido con el *Hombre de los lobos* luego de la publicación del historial llevará a Freud a intentar establecer algunos lineamientos sobre este problema, plasmados en su texto *Análisis terminable o interminable*.

En su tesis doctoral, Marta Gerez Ambertín (1999) retoma este problema:

El ‘caso’ borra los detalles personales en procura de las líneas paradigmáticas de la teoría y de la clínica. (...) Se trata de la generalidad de la teoría aplicada a la singularidad del caso. De ese entrecruzamiento puede surgir el caso como paradigma”, lo cual sirve para “la transmisión y la puesta en cuestión de la teoría y de la clínica. (p. 29)

Lo paradigmático del caso resulta ser, según lo enunciado por Freud en el texto citado más arriba, aquello relativo a su causación y estructura.

La exigencia respecto a la escritura del caso nos lleva a la segunda de las dificultades enumeradas por Freud en el *Prólogo* que venimos comentando. Podríamos calificar a éstas como dificultades *técnicas*: ¿cómo recordar todo lo sucedido en una cura? ¿Cómo reproducirlo? Las respuestas freudianas a estos interrogantes proponen, como punto de partida, la renuncia a la pretensión de *totalidad*: toda exposición ha de ser, necesariamente, fragmentaria. El relato, dirá Freud, tiene otra finalidad que la de reproducir fotográficamente el tratamiento: busca dar de él una manifestación *coherente*. El problema, agregamos nosotros, es que ante toda expresión de lo

inconsciente, los intentos por dotarla de coherencia caen a cuenta de la *elaboración secundaria*, en tanto aspiración de “poner en orden el material, establecer relaciones y adecuarlo a la expectativa de una trama coherente” (Freud, 1900, p. 651). El riesgo aquí es el de producir una escritura que borre todo rastro de sorpresa. Resulta interesante, en este punto, la siguiente indicación de Maud Mannoni:

La única enseñanza válida es aquella en la que el analista se coloca en la posición de analizando. De ahí la importancia de un lugar donde el analista, desde el puesto del analizando, pueda producir algo no controlable, y donde sea posible interrogar al síntoma. Pues el saber nace de una verdad importuna que surge donde no se la espera. (1989, p. 12)

Esta preocupación acompañó desde su origen la enseñanza de Lacan, y en muchos lugares hallamos la indicación de que allí, en su función de enseñante, se coloca en posición de analizante. A su vez las instituciones psicoanalíticas han creado dispositivos que buscan dar a la clínica un lugar preponderante en la formulación de interrogaciones relativas a la dirección de la cura. Pero existe una diferencia a tomar en cuenta entre los dispositivos *orales* (ya se trate de dispositivos de enseñanza o de presentaciones clínicas) y la escritura. Sin el afán de proponer una respuesta definitiva, retomamos nuestras argumentaciones relativas al papel del escrito y el lugar esencial que respecto de él cobra la dimensión de la lectura. A este fin hacemos nuestras las siguientes afirmaciones de Winnicott, que si bien están referidas a los efectos del *kleinismo*, pueden ampliarse con relación a cualquier formulación teórica que pretenda convertirse en dogma:

Me preocupa este modo de presentación que podría llamarse kleiniano, y que a mi juicio es el verdadero peligro para la difusión de su obra. Sus ideas perdurarán en tanto y en cuanto sean redescubiertas y reformuladas por personas originales, dentro y fuera del movimiento psicoanalítico. Desde luego, es necesario que usted tenga un grupo en el cual pueda sentirse como en su casa. Todo trabajador original requiere un círculo en el que encuentre un lugar de descanso de las controversias y donde pueda sentirse cómodo. El peligro es, empero, que el círculo se desarrolle hasta convertirse en un sistema basado en la defensa de la posición ganada por el autor original, en este caso usted misma. (Winnicott, 1952, p. 90)

Me interesa proponer, para finalizar este apartado, la siguiente premisa: que la investigación clínica en psicoanálisis es el procedimiento más adecuado para hacer progresar la teoría. Si Freud concibió inicialmente al psicoanálisis como un método terapéutico aplicable sólo a los cuadros de psiconeurosis, ya en las postrimerías de la década del '10 (Freud, 1918) él mismo reconoce que los *progresos* del psicoanálisis habrán de venir por la vía de la clínica de las psicosis, la clínica de niños y la clínica de *masas* generada por la apertura de policlínicos psicoanalíticos.

Los interrogantes que crean estas otras alternativas clínicas promueven una revisión tanto de la *técnica* como de los fundamentos teóricos de la disciplina. La clínica confronta al analista con lo Real (en la definición

que de él da Lacan en tanto *imposible*, es decir como algo que *no cesa de no escribirse*). A partir de su experiencia inaugural con lo Real, Freud funda un campo disciplinar, que él mismo reelabora a partir de cada nuevo interrogante que la clínica le plantea. En este sentido llegará a postular un *mínimo* exigible a toda investigación que pretenda denominarse *psicoanalítica*: que tome en cuenta las nociones de *transferencia* y de *resistencia*. (Freud, 1914b) Estas nociones pasarán a conformar una suerte de *núcleo duro* de la disciplina, que exige que desde allí se piense cada nuevo hecho clínico, *pero sin pretender que estas confrontaciones dejen inalterado el núcleo de la teoría*. Más bien pareciera que *resistencia* y *transferencia* son títulos que guían el pensar del analista, mientras que el contenido argumental que se les dé deberá, ante todo, ser coherente con la experiencia clínica de la que pretenden dar cuenta.

Algunos desarrollos postfreudianos se abrieron a nuevos interrogantes en la medida en que incluyeron en su accionar nuevos *objetos clínicos*: niños, psicosis. Entre las décadas de 1920 a 1940 se produce un primer gran debate en torno al análisis de niños, que tiene por protagonistas principales a Melanie Klein y a Anna Freud, debate que produjo en el seno del movimiento psicoanalítico la apertura a nuevas formulaciones, que si bien fueron calificadas de *heterodoxas*, fueron integradas como parte del corpus teórico, a diferencia de lo que ocurriría en las primeras décadas del siglo con los planteos de Adler y de Jung. A partir de las postulaciones kleinianas, este debate incluyó también al tratamiento de las psicosis.

En las siguientes décadas (1950 y 1960), la clínica de otros analistas como J. Lacan, D. Winnicott o M. Mannoni abrió un nuevo debate en torno a los mismos temas: la clínica de niños y la clínica de las psicosis, y desde ellos hacia los conceptos centrales que guían la clínica psicoanalítica, dando lugar a nuevas producciones teóricas, que aportaron al psicoanálisis lo que calificamos como *progreso*, tomando también el sentido que de tal término da Lacan (1964) cuando habla de aquello que posibilita “abrir un nuevo surco en lo real”. Este progreso, sin embargo, no fue ajeno al problema de las ortodoxias y las heterodoxias, y trajo aparejado movimientos institucionales muy diferentes a los que ocurrieron en el período anterior.

En nuestro medio, las investigaciones de Pura Cancina (2003) y Marta Gerez Ambertín (2003) (por citar sólo algunas) se ubican de manera neta en esta dirección.

Partiendo de las postulaciones de Freud, es posible demostrar que la práctica clínica modifica la formulación de aquellas postulaciones sin por ello desvirtuar el corpus de la teoría, siendo que, por el contrario, la teoría psicoanalítica requiere, para su sostenimiento, de este incesante movimiento que se da entre los interrogantes generados por la clínica y las redefiniciones propuestas por los analistas.

Epílogo: el lugar de la escritura

Algo abordamos de este asunto en el punto anterior cuando hacíamos referencia a la redacción de historiales clínicos. Me interesa retomar el tema desde una perspectiva más general, que nos permita repensar las características que adscribimos al psicoanálisis en los ensayos anteriores y, a partir de ellas, el tipo de dificulta-

des a las que debe hacer frente el psicoanalista a la hora de escribir. Hablábamos, en la Introducción, de una *doble exigencia*:

- Sostener la existencia de un límite: lo real; límite que opera como tal tanto respecto a los alcances de la cura como a los del saber teórico.
- Mantener, con relación a ese límite, una *apuesta* que, expresada en los términos de Lacan (1973) supondría que *algo cese de no escribirse*.

De este modo, clínica y teoría se conjugan en torno a un mismo *deseo*, y articulan su acción a través de la escritura. Que algo de lo real se simbolice supone la operación de escritura, en tanto se trata de pasar del régimen de lo *imposible* (lo que no cesa de no escribirse) al de lo contingente: que *algo cese*. Remarcamos ese *algo* pues en él reaparece aquello que señalábamos más arriba a través de las palabras de De Certeau: es necesario hacer un *duelo por lo real*, a lo que agregaríamos nosotros *en tanto Todo*. Una vez atravesado ese duelo, puede aceptarse que, si no *todo*, al menos *algo* de lo real puede escribirse.

¿Y cómo se escribe algo de lo real? Hay, en la obra de Lacan, una lógica de la escritura que siempre hace depender esa transposición de Real a Simbólico de la operación de la barra. La encontramos en el Seminario 5 cuando habla de los modos en que lo real se eleva al status de significativo, en el Seminario 7 cuando habla de los modos en que el objeto se eleva a la dignidad de *la Cosa*, y en el Seminario 20 cuando trabaja los modos en que el significativo se eleva a la categoría de letra. En todos los casos parece tratarse de la misma operación: que algo perteneciente a lo real pueda ser retomado por lo simbólico depende, en último término, de la *castración*.

A través de esta noción podemos darle otra vuelta de tuerca a la idea de De Certeau de un *duelo por lo real*. En la clase del 22 de abril de 1959 Lacan, retomando las postulaciones de Freud acerca del duelo, planteadas por éste en su texto *Duelo y Melancolía*, afirma que el duelo es una de las pocas experiencias que Freud propone en términos de *relación de objeto*, y que, como tal, hay que concebirla como un *agujero en lo real* que la pérdida del objeto provoca. Se trata, dirá Lacan, de “una relación inversa de la que promuevo ante ustedes bajo el nombre de *Verwerfung*. Así como lo que es rechazado de lo simbólico reaparece en lo real, así también el agujero de la pérdida en lo real moviliza al significativo”. (Lacan, 1959, p. 105) Pero justamente, el duelo reclama la operatoria de *todo* el sistema significativo, y por lo tanto pone en evidencia lo que a éste lugar (en tanto Otro, tesoro del significativo) le falta para ser un Todo: el $S(\emptyset)$.

No hay nada significativo que pueda colmar este agujero en lo real, si no es la totalidad del significativo. (...) El trabajo del duelo es primeramente una satisfacción dada a lo que se produce de desorden en razón de la insuficiencia de los elementos significativos para hacer frente al agujero creado en la existencia. (p. 106)

El duelo *en lo real* moviliza al sistema significativo, pero allí donde éste es convocado a decirlo Todo, a cerrar con su enunciación el agujero abierto por el duelo, resulta impotente. Así, el agujero en lo real nos lleva a un duelo por lo simbólico, o mejor dicho, a la aceptación de un límite de lo simbólico para decir lo real. Lo único que cabe es escribir ese límite: $S(\emptyset)$, marcarlo como huella de una imposibilidad de decir. Aquello que, en otros términos, nombramos como *castración*.

De este modo la castración es un límite para el análisis, y es al mismo tiempo un límite para la teoría: ella también es *castrada*, y de eso (y por eso) no puede decirlo todo: pero puede escribir algo.

La escritura es entonces la marca de una imposibilidad, la experiencia de un duelo relativo al decir.

¿Porqué este texto se presenta bajo la forma de *ensayos*? Me alienta la siguiente afirmación de Freud: “sé que tal forma de exposición es tan inadecuada como poco artística (...). ¿Porqué entonces incurro en ella? (...) Sucede, simplemente, que no fui capaz de borrar las huellas del origen un tanto insólito que tuvo este trabajo”. (1938, p. 3.303)

Es toda una aspiración intentar que ciertas huellas no queden borradas tras lo que se escribe, o dicho de otra forma, que el escrito pueda conservar algo de aquello que calificamos de *experiencia*. Este texto, como *La instancia de la letra*, de Lacan, se encuentra a *medio camino* con relación a un escrito, en la medida en que en éste opera *la barra* que nosotros intentamos mantener en alto, para que con su accionar no borre los rastros que nos interesan dejar desperdigados. (Lacan, 1957, p. 473 y 1973, p. 46)

También Masotta nos asiste con sus comentarios a propósito de sus *Ensayos lacanianos*, a los que define como un “conjunto de tentativas”. ¿Puede pretenderse algo más de un escrito de este género? Tentativas que buscan dejar algún resquicio para que subsista la verdad, abismándose en esa dimensión de *exilio* de la que hablaba De Certeau. Un modo de escritura que hace suya la paradoja que propone Freud en su *Moisés...*: “hay cosas que es preciso decir más de una vez, y que no pueden ser dichas con excesiva frecuencia”. (p. 3303)

Notas

1. Mantenemos la homología entre Realidad y Real para respetar la cita de Aira que tomamos como punto de partida de estas reflexiones, si bien resulta claro en la obra de Lacan que una noción se opone a la otra.
2. Dejamos esta pregunta en suspenso, para el buen uso que pueda hacer de ella el epistemólogo allí donde pueda resultar interesante extender al conjunto de los discursos científicos una peculiaridad advertida en un caso particular.
3. Cf. Bachelard, G: (1973) *Epistemología*. Barcelona: Anagrama – Lacan, J.: (1955) *Variantes de la cura tipo* y (1964) *Posición del Inconsciente*, ambos en *Escritos*, México: Siglo XXI, Págs. 311/348 y 808/829.
4. El gobierno bolchevique de Hungría crea la primera cátedra de Psicoanálisis en el año 1919, a cargo de Zandor Ferenczi. Este texto de Freud se publica originariamente en Budapest, en ese contexto.
5. F. Betourné: *Esquise*. París, 1990. Citado por Fendrik (1993, p. 11).

Referencias

- Allouch, J. (1984/1993). *Letra por letra*. Buenos Aires: Edelp.
- Cancina, P. (2003). *Neurastenia* ◇ *Fatiga crónica, las indolencias de la actualidad*. Rosario: Homo Sapiens.
- De Certeau, M. (1987/1995). *Historia y psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana.
- Fendrik, S. (1993) *Desventuras del psicoanálisis*. Buenos Aires: Atuel.
- Foucault, M. (1968/1983) Contestación al círculo de epistemología. En *El discurso del poder*, pp. 88/124. Buenos Aires: Folios.
- Freud, S. (1900/1972). La interpretación de los sueños. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1901/1972). Análisis fragmentario de una histeria. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1906/1972.) El delirio y los sueños en la "Gradiva", de W. Jensen. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1910/1972). Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1912/1972). Consejos al médico en el tratamiento analítico. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1914/1972). El Moisés de Miguel Ángel. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1914/1972b) Historia del Movimiento Psicoanalítico. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1917/1972). Lecciones introductorias al psicoanálisis. Lección 16: Psicoanálisis y Psiquiatría. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1918/1972). Los caminos de la terapia psicoanalítica. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1919/1979). *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?* Buenos Aires: Amorrortu.
- (1923/1972). Psicoanálisis y Teoría de la libido. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1932/1972). Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. Lección 35: El problema de la concepción del Universo. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gerez Ambertín, M. (1999). *El superyó en la clínica freudo lacaniana: nuevas contribuciones*. Tucumán: Universidad Nacional Tucumán.
- (2003) *Imperativos del superyó. Testimonios clínicos*. Buenos Aires: Lugar.
- Heidegger, M. (1949/1981). *Carta sobre el humanismo*. Buenos Aires: Ediciones del 80.
- Lacan, J. (1957/2003). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En *Escritos* (pp.473-509). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1958/2003). *Seminario V. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- (1959/1980) Hamlet, un caso clínico. En *Lacan oral* (pp. 11-124). Buenos Aires: Bóveda.
- (1964/1987) *El Seminario, libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (1973/1981) *El Seminario, libro XX, Aún*. Barcelona: Paidós.
- Lombardi, G.: (2004). *Técnicas y condiciones éticas de la investigación clínica en psicoanálisis*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- López, H.: (2003). *Las adicciones. Sus fundamentos clínicos*. Buenos Aires: Lazos.
- Mannoni, M. (1979/1980). *La teoría como ficción*. Barcelona: Crítica.
- (1988/1989). *De la pasión del ser a la locura de saber*. Buenos Aires: Paidós.
- Mannoni, O (1976). Ficciones vienesas. En *Puntualizaciones psicoanalíticas* (pp. 11-29). Buenos Aires: Trieb.
- Masotta, O. (1976). *Ensayos lacanianos*. Barcelona: Anagrama.
- Winnicott, D. (1952/1990). Carta a M. Klein, del 17/11/52. En *El gesto espontáneo* (pp. 88-92). Buenos Aires: Paidós.